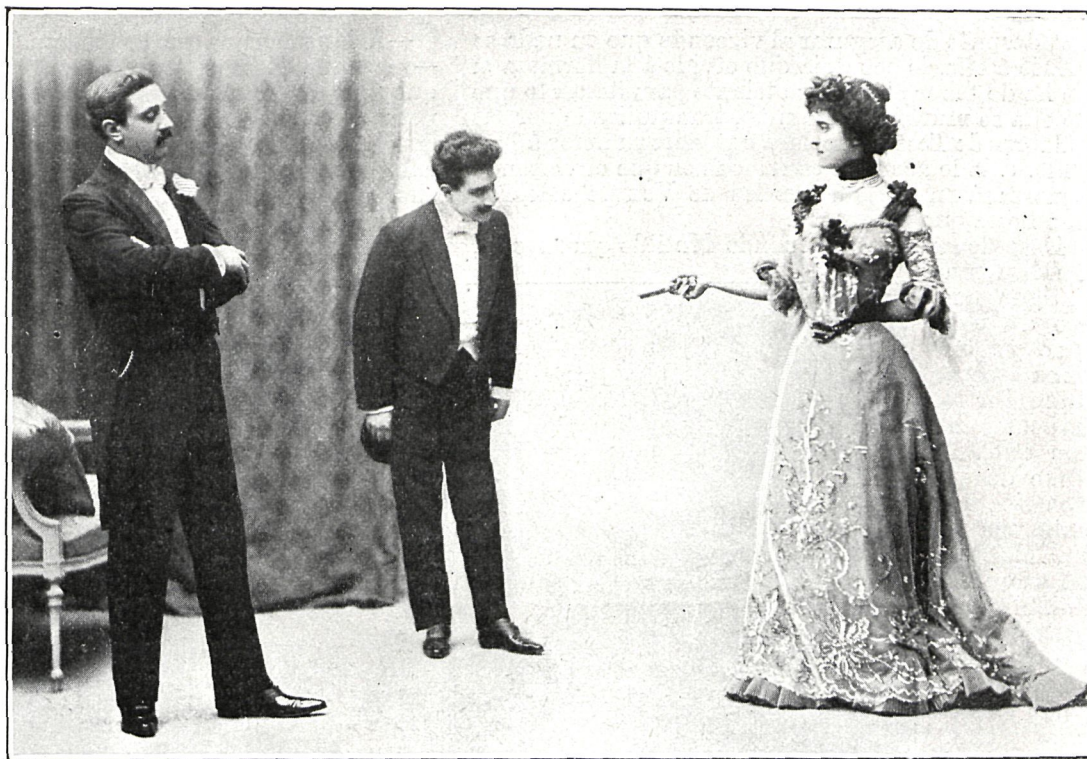


Antes han llegado los habituales contertulios de las señoras de Vouvre, que aquel día reciben. Son gente frívola de costumbres y lenguaje un tanto libres. Una señora Ucelli, italiana, íntima de cierta duquesa; su amiga Cecilia, especialista en canciones fin de siglo; una mamá con dos niñas, las de Reversier, un pollo galante á quien sus amigos llaman el D. Juan de las adolescentes, un pintor que pretende retratar á una de las de Reversier en traje de Diana, un médico norteamericano y dos hermanos, Hector y Pablo Tessier, senador éste y pa-



HECTOR
(Sr. González.)

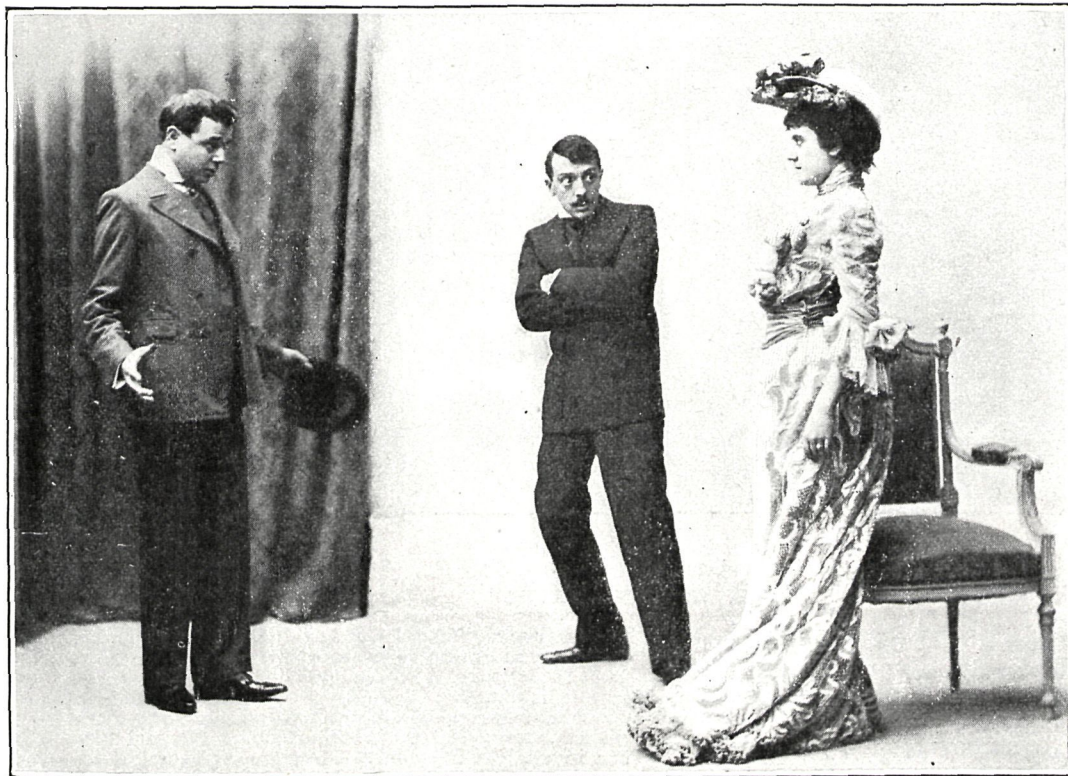
LESTRANGES
(Sr. López Alonso.)

LUISITA
(Srtá. Bremón.)

ACTO II.—ESCENA XIV

rientes ambos de las señoras de Vouvre. Al llegar la familia Chantel la *soirée* está en su apogeo. Máximo muestra su extrañeza por el lenguaje un tanto descocado de las señoritas de Reversier y de Luisa, y Hector Tessier, conocido de Chantel, á cuyas órdenes sirvió en el ejército, le explica entonces la diferencia que hay entre aquellas muchachas, *virgenes locas*, y las que, como Juana de Chantel, «son tan puras que su pureza se adivina al mirarle á la cara.»

Máximo habla á Hector de Matilde, á la que juzga definida por las frases que Tessier pronunció, y Hec-



JULIÁN
(Sr. Tallavi.)

MÁXIMO
(Sr. Morano.)

MATILDE
(Señora Pino.)

ACTO III.—ESCENA VIII

FOTS. DE FRANZEN

tor Tessier, conocido de Chantel, á cuyas órdenes sirvió en el ejército, le explica entonces la diferencia que hay entre aquellas muchachas, *virgenes locas*, y las que, como Juana de Chantel, «son tan puras que su pureza se adivina al mirarle á la cara.»

Máximo habla á Hector de Matilde, á la que juzga definida por las frases que Tessier pronunció, y Hec-

tor, después de asegurar al vizconde que en nada se refirió á ella, le aconseja que olvide á la hermosa si no ha de tener el valor suficiente para desoir lo que de ella se murmura. Máximo, tranquilizado por las palabras de Tessier, declara entonces su amor á Matilde. Ella le acepta y convienen en que el vizconde aguardará en París á que las de Vouvre celebren una fiesta que proyectan.

Despídense todos, y cuando Matilde queda sola, Julián, un antiguo novio de ella que ya en otra escena anterior le ha pedido celos quejándose de su desvío, la exige una cita, Matilde no accede. Julián amenaza y, por fin, la muchacha se rinde y concede la cita. Termina así el acto primero.

En el acto segundo, celébrase la anunciada fiesta en la casa de las de Vouvre.

Asisten á ella todos los personajes á quienes hemos conocido en el acto primero, entre ellos una muchacha, Julieta Duroy, compañera de colegio que fué de Matilde, hija de una aventurera famosa y que se presenta como

concertista, y un millonario, el señor Hardén, perseguidor perpétuo de Matilde á la que constantemente asedia tratando de ofuscarla con sus millones.

El lenguaje libre que tanto molestó á Máximo en el acto primero, se oye nuevamente, y el vizconde, á quien además hieren murmuraciones que ha oído respecto á su adorada, trata de tranquilizarse en otra conversación con Hector. «¿Usted cree,—le pregunta—que yo debo elegir mujer entre las que frecuentan la sociedad en que ahora estamos?

—A las señoritas que concurren á estas reuniones —responde Hector,—les corresponden los maridos que la Providencia les destina; pero ¿hace falta repetir lo que ya le dije? Matilde no se parece á la demás. Créame, Máximo, no rechace usted á la felicidad que le abre sus brazos. La dicha no es una simpleza... Así pensaba Werther que se parecía á usted por las vehemencias.»

Julián, el antiguo novio de Matilde, asiste también á la fiesta, é insiste en sus pretensiones. Mientras hablan llega Máximo con Hector y parece inevitable un choque entre los dos enamorados; Matilde le evita y luego en una escena con Hector, después de salir Máximo y Julián, se expresa así:

HEC.—Veo con dolor que, en efecto, estás enamorada de Julián.

MAT.—En conciencia no puedo decir si le quiero ó no. Creo que no le quiero, más aún, siento repugnancia de él al pensar en su egoísmo, en sus vicios, en su bajeza, en su falta de talento. Pero hubo un momento en que me arrebato. Me produjo una locura rápida que, al conocerle á fondo, fué extinguiéndose. Confieso que he gozado al ver que, con todos sus humos de conquistador, se rendía á mis pies como un esclavo. Después fui leyendo en su alma,



MATILDE
(Señora Pino.)

JULIÁN
(Sr. Tallavi.)

ACTO II.—ESCENA XVIII

FOT. FRANZEN

y el amor se me fué pasando de tal modo, que preferiría la miseria á ser su esposa; antes que pertenecerle lo haría todo, (*bajando la voz*) ¡todo! A veces pienso que sólo me inspira odio. Dices que he cometido imprudencias. ¿Sabes por qué? Porque no puedo romper con ese hombre que amenaza con explotar su silencio, porque ejerce sobre mí el doble influjo del miedo y de una inevitable atracción. Si esto es amor, ya empiezo á saber lo que significa. Tres hombres hay en esta casa que dicen quererme. El uno con oro, el otro acoge las calumnias que contra mí se propalan, el tercero quiere destruir y deshonrar mi vida; pues bien, en este trance sólo puedo abrir mi corazón á uno nada más, á ti, que me concedes el honor de no codiciarme, porque, ni me hablas de pasiones, ni pones en mi

los ojos, ni aumentas mis incertidumbres y mis congojas. (*Llorando.*)

Hec.—¡Matilde!

Mat.—(*Reponiéndose rápidamente.*) No, si ya pasó. Los nervios malditos que me recuerdan que soy mujer, aunque á veces siento que hay en mi espíritu arranques de hombres. ¡Ea, se aplacaron los nervios! Y ahora, hablemos con formalidad. ¿Qué dice Máximo?

Hec.—Está deseando que le inspire confianza... Procura favorecer sus buenas disposiciones. Apártate de toda esta gente que concurre á tu casa y que te desprestigia.

Mat.—Pero, ¿cómo?

Hec.—¿Por qué hasta que llegue el día de tu matrimonio no te marchas á nuestra casa de Chamblais? Allí estarás resguardada contra todos, contra Julián especialmente.

Mat.—Si, es una idea afortunada... Tienes razón. (*Se oye á Luisa decir: ¡Por aquí! ¡Por aquí!*) ¡Ah! Luisa y sus amigas... No quiero estar con ellas... Voy á sentarme al lado de mi madre y de la señora de Chantel... Gracias, Hector. Me has hablado como si fueras mi propio hermano. Puedo recurrir á tu apoyo siempre que lo considere necesario.

Hec.—Siempre.

Mat.—Pues yo te prometo atender tus advertencias con la mayor severidad. (*Váse derecha.*)

Luego Matilde y Máximo sostienen el diálogo siguiente:

Mat.—En este salón podemos hablar. Siéntese usted. Aquí, lejos del bullicio con que finaliza la fiesta, charlaremos según le prometí. Crea usted que no he retardado esta entrevista por capricho... No me parecía bien que hablásemos de cosas serias al compás de manifestaciones alegres. Procedía con acierto porque esta noche he advertido que usted no me quiere bien.

Máx.—Yo juro...

Mat.—Nada de juramentos. Usted me quiere á su modo. Siéntese el impulso de amarme, pero por un fenómeno especial, le inspira rencor la persona de quien está apasionado. En toda la noche no han cesado sus recelos contra mí. Si yo hablaba con alguno de los convidados, me dirigía usted miradas en las cuales se advertían la fijeza del espionaje y el ardor de la rabia. Un hombre, sobre todo, ha tenido el privilegio de encolerizarme. Me refiero al señor Suberceaux. Cuando yo bailé con él se puso

usted nervioso, descompuesto, hasta inconveniente. Me agrada su amor, pero me humillan sus pruebas, porque no es cariño verdadero el que en vez de acariciar ofende, el que se muestra no con halagos, si no con insultos.

Máx.—Matilde, la quiero á usted con toda mi alma, pero las gentes que la rodean me causan horror... Lo confieso.

Mat.—A las gentes que me rodean, las estimo en lo que valen, pero usted me confunde con ellas.

Máx.—Porque á usted le agradan.

Mat.—Vivo en el medio en que nací y en el cual mis padres me educaron. Si el medio es malo, no es mía la culpa. Cuando

me case cambiaré de relaciones aceptando gustosa las que mi marido me ofrezca.

Máx.—¿Querrá usted irse lejos de París á un rincón de provincias?

Mat.—¿Y por qué no?

Máx.—¿Qué felicidad! Porque he soñado muchas veces, sin decirse-lo á nadie, arrancarla á usted de esta sociedad indigna que la rodea para llevarla á otros lugares, lejos de los que la difaman. ¡Oh! repítame usted que mi deseo se verá satisfecho. Allí no hay y adulaciones, ni bajezas, ni calumnias, ni infamias disfrazadas. Allí sólo imperan la verdad, la virtud, el bien y el amor. Pero, por Dios, repítamelo, que quiero oírlo una, cien veces. Que llegue hasta el fondo de mi alma para estremerla de gozo su consentimiento. Fuera de aquí, en mi soledad del campo, Matilde, mi Matilde y yo unidos para siempre, sin testigos ni amistades. ¿Qué alegría, qué ventura, qué placer tan grandes!

Mat.—¿Pero usted tiene fe en mí, una fe ciega, absoluta, incondicional? Porque sin esa fe nada puedo concederle. Yo quiero que crea en mí, á todas horas, en todos los momentos, como creería en su hermana la niña inocente, como creería en su propia madre.

Máx.—(*Después de una ligera pausa y solemnemente.*) Si, creo; las dudas que me inquietan las rechazo; las sombras que me envuelven las disipo. El amor que es fe y luz me alienta. Si, Matilde, soy suyo y la pido que me conceda su mano. (*Arrebatado.*) Y cuando seas mi esposa, mía ante Dios y ante los hombres, entre mi madre y entre mi hermana te colocaré para que un mismo respeto os guarde y un cariño igual os defienda.

Mat.—¿Pero saben su madre y su hermana que yo?... (*Con ansiedad.*)

Máx.—Ellas te estiman y me adoran. La mujer que yo elija



MATILDE
(Sra. Piro.)

MÁXIMO
(Sr. Morano.)

ACTO III.—ESCENA VIII

FOT. FRANZEN

será de su agrado. Acaso les impide algo tu condición que contrasta con su sencillez, pero contribuirán con entusiasmo á nuestra ventura.

MAT.—Pues entonces que la señora de Chantel venga mañana á pedir mi mano á mi madre.

MAX.—Matilde, usted... tú!

MAT.—Sí, te quiero. (*Máximo, conmovido y arrebatado, besa varias veces la mano de Matilde. De pronto aparece Luisa.*)

Matilde, al terminar esta escena, parece haber triunfado, pero dura poco su satisfacción. Julián vuelve y, como en el acto primero, amenazándole logra de ella una cita que Matilde piensa esquivar refugiándose en la quinta que sus parientes los Tessier poseen en Chamblais.

El tercer acto ocurre en esa quinta. Al comenzar Matilde y su amiga Julieta, huérfana ya y á quien ama el senador Pablo Tessier, hablan, contando Matilde á su amigo lo ocurrido entre ella y Julián y pidiéndola auxilio para librarse de la persecución del desesperado amante.

Julieta se ofrece á ir á casa de Julián y cuenta luego á Matilde sus relaciones con el senador, confesándole que alguna vez estuvo á punto de ceder á las pretensiones del enamorado Tessier, pero que pudo resistir á ellas sostenida por el recuerdo de su madre, que murió maldiciendo á los hombres.

El señor Harden, el millonario perseguidor de Matilde, llega con Luisita, á quien encontró en el parque, é interrumpe el diálogo de las dos amigas.

El señor Hardén, que queda solo con Matilde, insiste en sus proposiciones y la ofrece desembarazarla de Julián, de quien dice que está desesperado y es capaz de cometer un crimen. Matilde contéstale como siempre y sale en busca de Máximo.

Pero antes de que logre verle Julián y Máximo se encuentran. Julián cuenta al vizconde sus relaciones con la señorita de Vouvre y hace renacer las sospechas apoyadas por Hector. Llega Matilde y después de arrojar de la casa á Julián, á quien llega á golpear con la sombrilla; hace ante Máximo confesión general.

Máximo entonces la rechaza, no obstante las razones que ella alega como excusas de su conducta, y la comedia termina así:

ESCENA XII

MATILDE sola

MAT.—¡Todo ha concluido! Tuve un sueño, un hermoso sueño y acabo de despertar... Los buenos matrimonios, la paz de la familia, el cariño de los hijos, son para las jóvenes sencillas como Juana de Chantel... Para nosotras, las hijas de padres corrompidos y de madres inconscientes, no quedan más que los hogares abiertos á todo el mundo... En vano será que tratemos de luchar contra la fatalidad, pues por muchos esfuerzos que hagamos para torcer sus designios, siempre habremos de ir á parar por caminos más ó menos tortuosos á la galanteria ó la miseria. (*Se sienta.*) ¿Qué causada estoy y qué triste es la vida!

José.—(*Entrando.*) ¿Señorita?

MAT.—¿Qué?

José.—El señor Harden está en el vestibulo y pregunta si puede ver á la señorita.

MAT.—(*Aparte.*) No hay duda... Es el destino. (*A José.*) ¿Que pase! (*José sale y Matilde deja caer la cabeza con abatimiento.*)

Al lado de esta acción principal hay, naturalmente, otras secundarias que sirven para dar mejor idea del medio en que Matilde vive y para hacer patente el contraste de ella y sus amigas con Juanita, la pura hermana de Máximo, á la que al final de la obra vemos ya como prometida de Hector Tessier, á quien cautivó desde el primer momento el candor de la inocente muchacha.

Personajes importantes de esas acciones secundarias son, además de Juanita, Luisa, la alegre y gracil hermana de la protagonista, y Lestranges, el don



(Srta. JULIETA Catalá.)
FOTOGRAFÍA DE FRANZEN



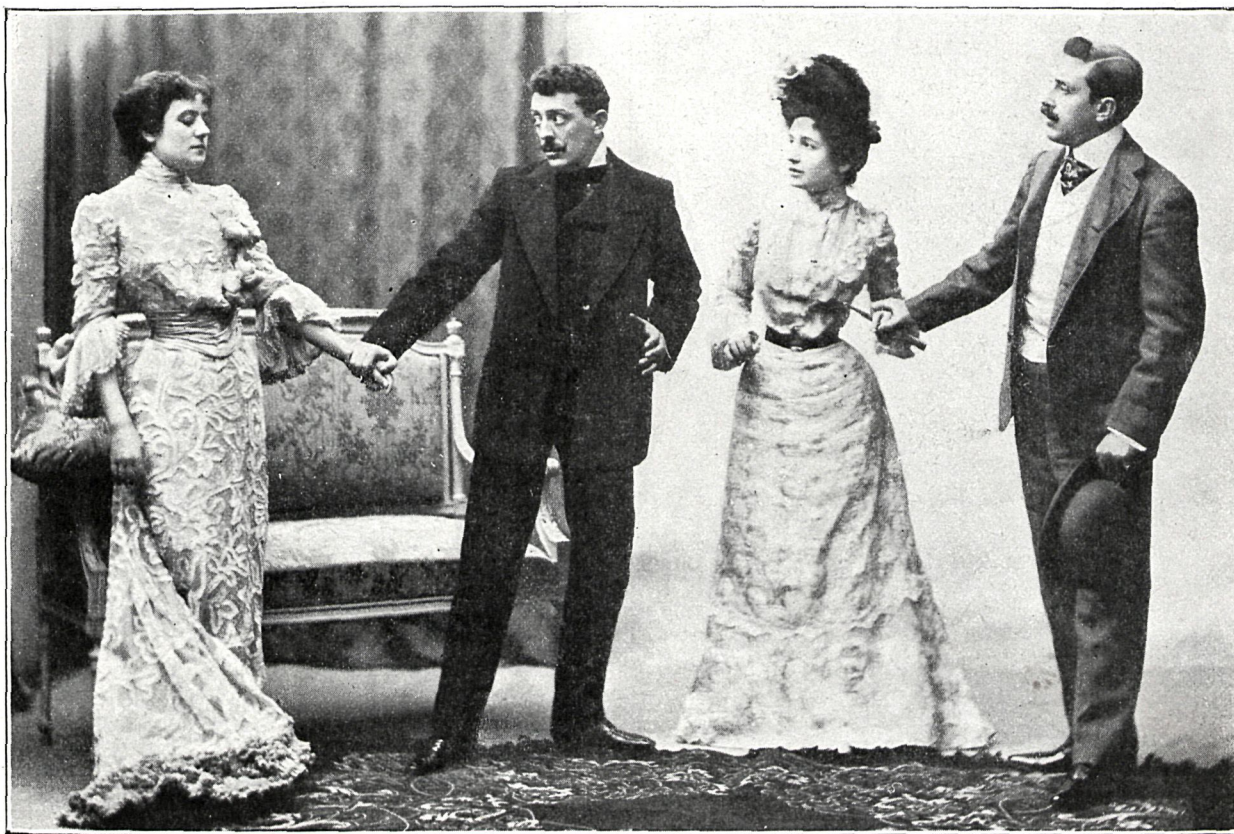
JULIÁN
(Sr. Tallaví.)

HECTOR
(Sr. González.)

MATILDE
(Sra. Pino.)

MÁXIMO
(Sr. Morano.)

ACTO II. — ESCENA XI



MATILDE
(Sra. Pino.)

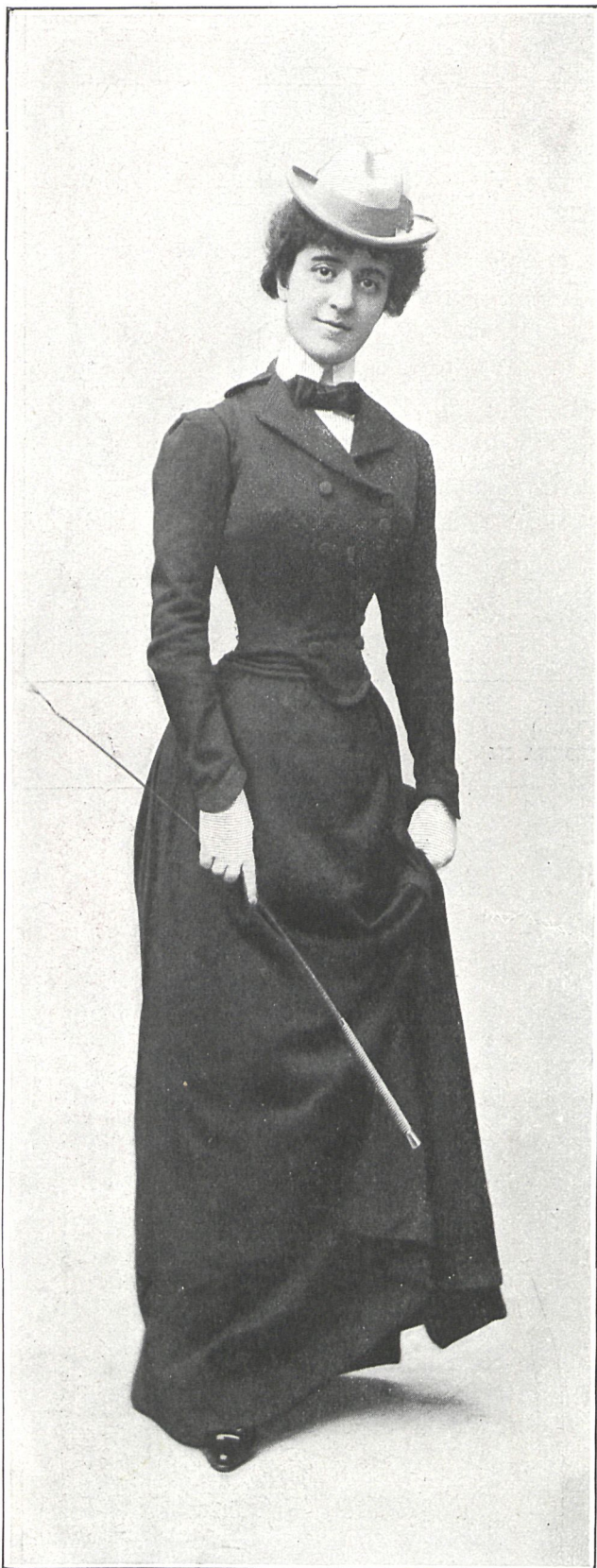
MÁXIMO
(Sr. Morano.)

JUANA
(Srta. Colorado)

HECTOR
(Sr. González.)

ACTO III. — ESCENA X

Juan de las adolescentes, que hace el amor á todas las muchachas, incluso á Luisa cuando en el primer acto se presenta vestida aún de corto. Lestranges trata también de seducir á Juana, y Hector ofendido



LUISA (Srta. Bremón.)
FOTOGRAFÍA DE FRANZEN

le provoca á un duelo que el enamorado galán no acepta. Todas estas figuras están diestramente pintadas y de sus diálogos resulta patente el propósito muy felizmente realizado del autor, sin que, en el arreglo al menos, sea necesario apelar á recursos que, aún siendo quizás lícitos y desde luego fiel trasunto de la novela en que la comedia está inspirada, nadie echa de menos y podrían haber comprometido el buen éxito logrado por *Las vírgenes locas*. En este aspecto, ya lo hemos dicho, es muy plausible la labor de los señores Francos Rodríguez y González Llana.

Respecto de la interpretación, repetiremos lo que al principio quedó afirmado: el buen éxito de *Las vírgenes locas* es una de las batallas más difíciles entre las muchas ganadas este año por la compañía del Teatro de la Comedia.

Rosario Pino, desconocida hoy para el público que tanto la aplaudió en Lara, mostróse una vez más como excelente actriz dramática, demostrando sin exagerar jamás la nota, una flexibilidad de talento que coloca á la hermosa actriz muy en primera línea entre las comediantas españolas. En las escenas con Julián, singularmente en el final del segundo acto y en la gran escena del tercero, tuvo la señora Pino momentos de pasión verdadera y acentos sentidísimos que, por lo naturalmente que eran expresados, daban perfecta impresión de realidad.

En las escenas con Máximo también tuvo momentos felicísimos.

Lólita Bremón, por su parte, demostró de nuevo que es actualmente la primera entre las *ingénuas* españolas. El papel de Luisa, difícilísimo, tuvo en ella, sin embargo, muy diestro intérprete.

La señorita Catalá, á cuyo cargo corría un papel muy apropiado para merecer en la jerga de bastidores el nombre de *embolado* supo, no obstante lo incoloro de él, hacer aceptar sin inconveniente la figura de Julieta Duroy dibujada indudablemente con menos firmeza que las restantes de la comedia.

La señorita Colorado fué una Juana de Chantel muy justa.

Las señoras García y Tejada y las señoritas Sampetro, Sánchez y Egido hicieron discretamente sus papeles, y la señorita Santiago hizo con destreza destacar entre las figuras secundarias á una de las señoritas de Reversier.

Entre los actores merecen puesto de honor Morano, Tallavi, González y López Alonso.

Morano, á quien muchos, como á Rosario Pino, negaban condiciones de actor dramático, aprovechó como ella, también, la ocasión para mostrarlas una vez más y fué en todos los momentos de la comedia un verdadero vizconde de Chantel, noble provinciano, ex-oficial por vocación, severo en sus ideas, en su figura y en sus ademanes correcto siempre y, sin embargo, apasionadísimo cuando la situación lo exigía. Tallavi, á juicio de muchos, conquistó una brillante victoria y un legítimo ascenso. Tallavi, realmente, era menos conocido de lo que sus excelentes condiciones le hacían merecer.

González fué un excelente Hector Tessier y López Alonso dibujó con justeza el tipo ciertamente no muy fácil de Lestranges. Distinguiéronse, además, los señores Vallés, Cayuela, Mora y Mata.

A. G.



SRTA. CARMEN FERNANDEZ
FOT. COMPAÑY



ESCENA IV.—Azucena, SRA. CORONADO; Geromillo, NIÑA BRACAMONTE; Juan Ramón, SR. ONTIVEROS,
Y Matana, SR. LEÓN
FOT. CALVET

EL OLIVAR

ZARZUELA DE COSTUMBRES ARAGONESAS, ORIGINAL DE LOS SRES. GARCÍA ARISTA Y MELANTUCHE,
MÚSICA DE LOS MAESTROS SERRANO Y BARRERA

UNO de los éxitos mejores y desde luego el más *castamente* obtenido en el Teatro Eslava, ha sido indiscutiblemente el de la zarzuela de costumbres baturras *El Olivar*, escrita por dos periodistas aragoneses, Gregorio García Arista y Atanasio Melantuche, y á la que han adornado con música muy típica y ajustada á las situaciones los maestros Serrano y Barrera.

El Olivar no es obra puramente imaginativa; Gregorio García Arista y Atanasio Melantuche, han buscado en la realidad, no solo los personajes todos de la obra, sino el asunto de ella, é inspirándose en una de esas frecuentísimas luchas de bandos que surgen en los pueblecillos rurales casi siempre por cuestiones de propiedad, han compuesto un libro en que, naturalmente, hay el ambiente de la tierra que ellos se habían propuesto reproducir.

Trátase de dos familias, los Pochos y los Tanos. Montescos y Capuletos como quien dice, enemistados por la posesión de un olivar en litigio, y de dos muchachos, Juanica y Cayetano, *pocha* y *tano* respectivamente, ó, si se quiere, Julieta y Romeo, que se aman como si semejante olivar no hubiese existido y ambas familias vivieran en la más completa paz y concordia.

Por desgracia para ellos, no sucede así, y precisamente cuando se alza el telón y comienza la zarzue-

la, asiste el público á una riña en la que Matana y Guaidios, dos baturros de lo más abaturrado que puede darse, defienden el mejor derecho de sus respectivos deudos.

Afortunadamente la sangre no llega al río, gracias á la oportuna intervención de Pilara, la mujer de Matana, quien logra separar á los contendientes y hacer que la paz reine siquiera sea solo de un modo temporal.

La escena de la riña es un número musical de mucho efecto, y después de él Pilara, Guaidios y Matana, hablando ya exponen el argumento de la obra en la escena que reproducimos á continuación:

ESCENA III

PILARA MATANA Y GUAI DIOS

PILARA.—Vamos á ver, ¿por qué habis armao otra tremolina?

MATANA.—Por lo de siempre: porque ha dicho Guaidios que mañana cogerán los Tanos las olivas y se casará Cayetano con la Juanica.

GUA.—Dios mediante, y aunque les paizca mal á los Pochos.

MAT.—(Con ironía.)—¡Casarse el Tano con la hermana del Pocho! ¡Entrar los Tanos en el olivar! ¡Jé, jé! ¡Güena la llevas, güena!

GUA.—Sí, de lo que ha bebido usté.

PIL.—¡Eh! O sus calláis ó sus pongo bozo. Y no seais como las mulas guitas, que siempre están relinchando y tirando coces.